

## Solitaria multitud

---

### Orión

Había sido claro. Orión, como muestra de haber entendido, ajustó el cinto de su chaqueta de cuero y se preparó para actuar. Revisó el contenido del armario metálico. Aunque parecía repleto de rifles idénticos entre sí, sabía que debía familiarizarse con las especificaciones de cada uno. Pensó que, con el correr de los minutos, se acostumbraría a sus diferencias, pero, si deseaba pasar la prueba, no se podía dar el lujo de desperdiciar preciosos segundos, mientras sus presas se aprovechaban de su ausencia. El tiempo había empezado a correr y cuando vio que su reloj marcaba las 0.05hs, coherente con su fama de decidido, se lanzó a la noche dispuesto a comenzar...

Tomó la primera de las armas, sin revisar su nombre y, activando un botón en la pared, corrió el enorme ventanal que permitía acceder al balcón. Pese a que unas de sus virtudes de selección habían sido su rudeza y frialdad, sintió que, al percibir la majestuosa vista nocturna, sus piernas comenzaban a flaquear. Apretó el mango del rifle y cerró sus ojos para disfrutar el inmenso poder que tenía en sus manos. Sonrió y levantó el arma varias veces, con gesto triunfante, mientras cantaba una vieja canción que llegaba a su mente: *“pistolas que se disparan solas / caídos, todos desconocidos / bastones que pegan sin razones / la muerte es una cuestión de suerte”*

Cuando pudo despegarse de su vanidad, abrió los ojos y enfocó la mira del rifle hacia el mundo pleno de presas que se le ofrecía bajo su balcón. Con la precisión telescópica de la visión infrarroja del arma, pudo apreciar una carretera asfáltica que serpenteaba transitada por numerosos automóviles a gran velocidad. Observó en la pantalla del rifle sus principales características. Mostraba el rótulo de “Alcohol” y enumeraba los efectos que podía causar su impacto.

Orión se maldijo de no haber escogido un arma más contundente, y pensó de qué manera le convenía utilizarla. Ahí comprendió que debería diseñar una estrategia inteligente. Sí, recordaba haber oído esa palabra en las instrucciones recibidas. Era clave si quería aprovechar los disparos disponibles para aprobar el examen y permanecer en su puesto.

Volvió a enfocar, con la mira infrarroja del rifle, hacia la concurrida autopista. Enseguida posó su atención sobre un automóvil verde que llevaba una familia entera conversando en su interior. Sabía que no podía dejarse llevar por su instinto y malgastar un disparo. Jugó con el zoom de la mira varias veces, ampliando y reduciendo la imagen del automóvil en la madrugada de la ruta. Asintiendo, con una sonrisa en sus finos labios, mostró que una idea lo había convencido. Recién cuando tuvo al conductor centrado en la mira de su arma, acercó el dedo al gatillo. Respiró profundo y disparó. Inmediatamente, esperó la reacción, pero, cuando ya se le estaba borrando la sonrisa, observó cómo el vehículo comenzaba a zigzaguear por la carretera, descontrolado a máxima velocidad, mientras el conductor, aturdido, trataba de enderezar el volante. Orión se conectó el auricular de su reloj y sonreía escuchando los alaridos desesperados de los ocupantes del automóvil que terminaron apagados por un violento estruendo. Rápidamente enfocó su vista en la carretera, que como un dragón, empezaba a arrojar bocanadas de humo y fuego. Complacido apreció los exitosos resultados de su plan: un gran accidente de tránsito involucraba a decenas de automóviles y desparramaba muertos y heridos. Ansioso, contempló como las víctimas empezaban a transformarse en puntos en el visor de su reloj. Gastando apenas un disparo de una de las armas de bajo costo, había logrado sumar una buena puntuación inicial. Aunque los heridos valían menos, Orión no pensaba despreciarlos en absoluto. Cuando vio que uno de ellos se agravaba hasta morir, emitió un ruidoso festejo. Contento mientras reingresaba a la sala a buscar nuevas armas, se puso a cantar: *“pistolas que*

*se disparan solas / caídos, todos desconocidos / bastones que pegan sin razones / la muerte es una cuestión de suerte”*

Luego de confirmar en su reloj que su jornada recién estaba empezando, abrió el mueble metálico donde estaba el depósito de armas. Maravillado, observó el vasto arsenal, clasificado en distintas categorías. Se agachó a mirar el estante rotulado como “Enfermedades” y, deslumbrado, leyó acerca de diferentes infecciones, tumores y epidemias que podía aplicar. Consultó los costos de cada una de ellas y decidió que el arma llamada “Neumonía atípica” podía ser un buen golpe que elevara su marca y reputación. Por el momento no pensaba aprovecharse de los rifles del estante “Ecológicos”, tales como “Contaminación de las aguas”, “Destrucción de la capa de ozono” y otros que no llegaba a comprender.

Aunque trataba de controlar su excitación, el estante de “Catástrofes” lo desbordó por completo. Sudando y con las manos torpes y nerviosas, revisó los altos costos que debía asumir si deseaba utilizar “Terremoto”, “Huracán”, “Erupción volcánica” o el increíblemente caro “Guerra Nuclear”. Pensó, unos segundos, soñando con ser capaz de acumular la cantidad de puntos suficientes como para adquirir un poder tan devastador. Se conformó, calculando que le alcanzaba para conseguir el rifle denominado “Inundación zonal”, que le inspiraba suma confianza. Orión se mostraba tan convencido de que haría un gran papel y pasaría la prueba, que tomó varias armas de efecto lento. Si su estrategia no fallaba, artefactos tales como “Proliferación de armas en hogares”, “Comida chatarra para niños”, “Envidia” o “Codicia”, significarían una inversión a mediano plazo extremadamente rentable.

Cargando todo el arsenal que pudo adquirir con su crédito inicial, incluyendo un rifle de “Represión policial” que parecía muy usado, regresó al enorme balcón decidido a que cada arma le rinda sus mejores frutos. Pese a que no era la primera vez que contemplaba el mundo bajo sus pies, no podía evitar que un escalofrío lo penetrara al acercarse a la baranda de la azotea. Entrecerró sus ojos, como si quisiera imitar el zoom con su vista.

Consideró que la madrugada que avanzaba era un buen momento para usar algunas de las pequeñas y divertidas armas de promoción que había conseguido como “bonus” por el accidente que había provocado en la carretera. Así aflojó varias correas de ascensores, colocó piedras en las vías de algunos trenes y, entre carcajadas, desajustó las tuercas de las turbinas de un avión comercial. Impaciente, se puso a mirar las cifras del reloj, mientras trataba de enfocar con la mira esperando el incremento de su puntaje. Pronto, se extrañó al comprobar la insólita acción de un empleado de mantenimiento del aeropuerto. Enfocándolo con la mira telescópica, observó que, al estornudar, se le había caído unas monedas cerca del avión que estaba por despegar. Orión notaba que su euforia se iba desfigurando, cuando el empleado arrodillado buscando las monedas caídas, descubrió que había que ajustar las turbinas antes de que el avión despegase. Enfurecido y buscando venganza, gatilló varias veces sobre el culpable de su fracaso, sin reparar, siquiera, en que disparaba con el rifle llamado “Codicia”.

Por primera vez, Orión sintió temor de no aprobar el examen y terminar el día perdiendo el trabajo que tanto disfrutaba. Pero, furioso, ajustó su chaqueta de cuero negro y se apresuró a comenzar a borrar la derrota sufrida. Sin tregua, dedicó buena parte del amanecer a impactar con el rifle “Inundación zonal” a numerosas áreas que, para el mediodía, ya habían significado un incremento constante en el contador de puntos por víctimas del visor de su reloj. Complacido ante sus rentables obras, seguía usando la mira, en forma obsesiva, en busca de alguna oportunidad para aumentar su marcador. Debido a eso, Orión consiguió contabilizarse, al comenzar la tarde, algunos casos de presas que se entregaban, por voluntad propia, gratuitamente.

El ocaso de la jornada le recordó que todavía le quedaban armas por experimentar. Asomado al balcón, dirigió su mira hacia la izquierda donde una tentadora manifestación multitudinaria fue excusa suficiente para desplegar los voraces efectos del rifle de “Represión policial”. Como un director de orquesta, movía sus brazos ampulosamente. El ritmo de los gritos y estampidos que le traía su auricular le desorbitaba sus ojos mientras cantaba: *“pistolas que se disparan*

*solas / caídos, todos desconocidos / bastones que pegan sin razones / la muerte es una cuestión de suerte”*

Pronto notó que estaba por ingresar a las horas finales de la prueba y que había acumulado una buena cantidad de puntos. Seguro de sí mismo, se asomó al balcón, para estudiar el lugar conveniente donde aplicar uno de los últimos golpes grandes de la jornada. Cuando se convenció de haber encontrado un sitio con alta densidad de población, se dedicó a sembrar una amplia zona con el rifle denominado “Neumonía atípica”.

A medida que avanzaba hacia la noche recogiendo los frutos de todos sus actos del día, una sensación inigualable de poder ante el mundo iba creciendo en su interior, al ritmo vertiginoso de su puntuación. Confiado de su resultado exitosos, empezó a delinear en su mente los planes que iba a llevar a cabo al día siguiente. Mientras cerraba los ojos, podía soñarse con los méritos suficientes como para desatar, alguna vez, el gran poder del arma “Guerra Nuclear”.

Pensó, orgulloso, que no solo había hecho una impresionante marca, también había impregnado cada uno de los actos de su estilo particular. Como frutilla del postre y a modo de firma de su profesionalismo extremo, usó la mira telescópica para ubicar algunos de los hogares donde había impactado, más temprano, con la “Proliferación de armas”. Eligió una bonita casa donde una familia descansaba luego de cenar. Cuando restaba menos de una hora para que se extinga su jornada de prueba al llegar la medianoche, liberó la cerradura del cajón del cocina donde los padres guardaban un arma cargada. Aguardó unos instantes y se dedicó a enfocar con la mira de precisión de su rifle de “Envidia” a la niña de la casa, que dormía abrazada a una muñeca. Disparó. Inmediatamente la niña, entre sueños, comenzó a cuestionarse porque le habían comprado un revólver de juguete a su hermano menor y a ella nada. Decidida, frunciendo su rubio ceño, se levantó dispuesta a enseñarle a sus padres que, si no le compraban regalos, ella podría usarles el nuevo juguete que su papá escondía en el cajón del armario.

La medianoche se acercaba y mientras enfocaba a la pequeña que, en puntas de pie, abría el cajón destrabado, Orión, exultante, conectó su auricular y cerró los ojos, cantando: *“pistolas que se disparan solas / caídos, todos desconocidos / bastones que pegan sin razones / la muerte es una cuestión de suerte”*

## Artemisa

Había sido claro.. Artemisa, como muestra de haber entendido, acomodó su túnica, casi transparente, y se preparó para actuar. Revisó el contenido del armario metálico. Aunque parecía repleto de rifles idénticos entre sí, sabía que debía familiarizarse con las especificaciones de cada uno. Pensó que, con el correr de los minutos, se acostumbraría a sus diferencias, pero, si deseaba pasar la prueba, no se podía dar el lujo de desperdiciar preciosos segundos, mientras sus prójimos corrían mayor peligro por su ausencia. El tiempo había empezado a correr y cuando vio que su reloj marcaba las 0.05hs, coherente con su fama de valiente, se lanzó a la noche dispuesta a comenzar...

Tomó la primera de las armas, sin revisar su nombre y, activando un botón en la pared, corrió el enorme ventanal que permitía acceder al balcón. Pese a que unas de sus virtudes de selección habían sido su sensibilidad y sensatez, sintió que, al percibir la majestuosa vista nocturna, sus piernas comenzaban a flaquear. Apretó el mango del rifle y cerró sus ojos deseando ser digna del poder que tenía en sus manos. Una leve sonrisa se dibujó en su dulce rostro, mientras cantaba una vieja canción que llegaba a su mente: *“quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón”*

Cuando creyó haber juntado el coraje suficiente, abrió los ojos y enfocó la mira del rifle hacia el mundo pleno de seres vulnerables que se le ofrecía bajo su balcón. Con la precisión telescópica de la visión infrarroja del arma, pudo apreciar una carretera asfáltica que serpenteaba transitada por numerosos automóviles a gran velocidad. Observó en la pantalla del rifle sus características principales. Mostraba el rótulo de “Intuición maternal” y enumeraba los efectos que podía causar su impacto. Artemisa se lamentó de no haber escogido un arma de

mayor alcance, y pensó qué ya encontraría manera de utilizarla en forma conveniente. Ahí comprendió que debería diseñar una estrategia inteligente. Sí, recordaba haber oído esa palabra en las instrucciones recibidas. Era clave si quería aprovechar los disparos disponibles en beneficio del prójimo para aprobar el examen y ser digna de permanecer en su puesto.

Seguía soñando con poder cuidar a todos, cuando algo llamó su atención. Volvió a enfocar, con la mira infrarroja del rifle, hacia la concurrida autopista. Enseguida posó su atención sobre un automóvil verde que, descontrolado, comenzaba a zigzaguear por la carretera, a máxima velocidad. Artemisa se conectó el auricular de su reloj y con horror escuchó, paralizada, los alaridos desesperados de los ocupantes del automóvil, hasta que un violento estruendo terminó por apagarlos. Rápidamente enfocó su vista en la carretera, que como un dragón, empezaba a arrojar bocanadas de humo y fuego. Con lágrimas recorriendo sus mejillas, observó un gran accidente de tránsito que involucraba a decenas de automóviles y desparramaba muertos y heridos. Mortificada por las terribles consecuencias de su escasa reacción, contempló como las víctimas empezaban a transformarse en puntos negativos en el visor de su reloj. Prometiéndose hacer lo imposible para evitar otra situación así, reingresó a la sala en la búsqueda de nuevas armas.

Luego de confirmar en su reloj que su jornada recién estaba empezando, abrió el mueble metálico donde estaba el depósito de armas. Esperanzada, observó el vasto arsenal, clasificado en distintas categorías. Se agachó a mirar el estante rotulado como “Remedios” y, deslumbrada, leyó acerca de diferentes vacunas, tratamientos y avances científicos que podía aplicar. Tampoco pasó por alto los rifles del estante “Ecológicos”, como “Purificación de las aguas”, entre otros. Consultó los costos de cada uno y decidió que el arma llamada “Eliminación de residuos tóxicos” podía ser una buena muestra de su capacidad de lucha.

Aunque trataba de controlar sus nervios, el estante de “Sentimientos” la desbordó por completo. Emocionada, como quien encuentra una hermosa sorpresa, revisó los distintos costos que debía reunir si deseaba sembrar “Libertad”, “Paz”, “Justicia” o el increíblemente caro “Amor al prójimo”. Pensó, unos segundos, soñando con ser ella la capaz de acumular las buenas acciones suficientes como para adquirir un efecto tan sublime. Se conformó, calculando que le alcanzaba para conseguir el arma denominada “Prevención” y la de “Solidaridad regional”, que le inspiraba suma confianza. Artemisa se mostraba tan convencida de que haría un gran papel y pasaría la prueba, que tomó varias armas de efecto lento. Si su estrategia no fallaba, artefactos tales como “Responsabilidad”, “Alimentación nutritiva” o “Humildad”, significarían una inversión a mediano plazo muy beneficiosa.

Cargando todo el arsenal que pudo adquirir con su crédito inicial, regresó al enorme balcón decidida a que cada poder le rinda sus mejores frutos. Pese a que no era la primera vez que contemplaba el mundo bajo sus pies, no podía evitar que un escalofrío la recorra al acercarse a la baranda de la azotea. Entrecerró sus ojos, como si quisiera imitar el zoom con su vista, tratando de adivinar el lugar donde más la necesitaban.

Consideró que la madrugada que avanzaba era un buen momento para usar algunas de las armas de prevención que había conseguido. Así ajustó unos andamios flojos de un edificio en construcción, reforzó las maderas de un viejo puente y arregló una barrera rota de un paso a nivel ferroviario. Contenta de haber acertado su utilidad, se puso a mirar las cifras del reloj, mientras trataba de enfocar con la mira esperando el incremento de su puntaje. Al poco rato tuvo su premio: la barrera reparada evitó que un tren arrolle a un ómnibus. Con alegría, recibió la mejora en su marcador.

Animada por el pequeño suceso, continuó vigilando distintas zonas. Al llegar al aeropuerto, se detuvo ante un avión que se encontraba en maniobras para despegar. Con sus sentidos alertas ante el temor de presenciar otro accidente masivo que termine por sepultar sus ilusiones, comenzó a seguir con el zoom la llamativa acción de un empleado de mantenimiento del aeropuerto. Enfocándolo con la mira telescópica, observó que, al estornudar, se le había caído unas monedas cerca del avión que estaba por despegar. Artemisa notaba que su rostro se iba desfigurando al descubrir que las turbinas estaban a punto de desprenderse del avión.

Inmediatamente tomó el rifle de la “Responsabilidad” y enfocó sobre el empleado arrodillado que buscaba unas monedas caídas cerca del avión. Aferrada a su esperanza, disparó. Pronto, el empleado juntó las monedas pero, antes de levantarse, decidió revisar las turbinas, deteniendo el despegue del avión al ver la falla. Artemisa exclamó un sonoro grito de júbilo. Su obra había salvado muchas vidas e incrementado notablemente su marcador. Confiada en aprobar el examen y terminar el día conservando el trabajo que tanto disfrutaba, comenzó a cantar, moviendo su túnica transparente: *“quién dijo que todo está perdido,/yo vengo a ofrecer mi corazón”*

Pero poco tiempo le duró su alegría. Sin tregua, dedicó buena parte del amanecer a lamentarse por la gran inundación que afectaba a numerosas áreas. Pese a sus esfuerzos de aplicar “Respeto” y “Solidaridad regional”, para el mediodía, ya había sufrido un descenso constante en el contador de puntos del visor de su reloj. Con una mueca de tristeza ante tamaño desastre, seguía usando la mira, en forma cuidadosa, en busca de alguna oportunidad para recuperarse. Debido a eso, Artemisa consiguió contabilizarse, al comenzar la tarde, algunos casos de seres que gracias al efecto de la “Humildad”, habían evitado peleas y discusiones fatales.

El ocaso de la jornada le recordó que todavía le quedaban armas por experimentar. Asomada al balcón, dirigió su mira hacia la izquierda donde una industria química asolaba una basta zona de viviendas humildes fue un motivo perfecto para desplegar los efectos del rifle de “Eliminación de residuos tóxicos”. Al ver que los padres podían dejar salir a los niños a las plazas sin temor de intoxicaciones, recuperó la confianza en su habilidad para cumplir con el rol asignado. El griterío de los pequeños disfrutando los juegos, en su auricular, fue una bella música que le dio pie para comenzar a cantar con el rostro rozagante: *“quién dijo que todo está perdido,/yo vengo a ofrecer mi corazón”*

Pronto notó que estaba por ingresar a las horas finales de la prueba y que había acumulado una buena cantidad de puntos. Segura de sí misma, se asomó al balcón para estudiar el lugar conveniente donde realizar uno de las últimas obras de la jornada. Cuando se convenció de haber encontrado un sitio con alta densidad de población, se dedicó a sembrar una amplia zona con el rifle denominado “Alimentación nutritiva”.

A medida que avanzaba hacia la noche recogiendo los frutos de todos sus actos del día, una sensación inigualable de amor ante el mundo iba creciendo en su interior al ritmo vertiginoso de su puntuación. Confiada de su resultado, empezó a delinear en su mente los planes que iba a llevar a cabo al día siguiente. Mientras cerraba los ojos, podía soñarse con los méritos suficientes como para aplicar al mundo, alguna vez, el efecto del “Amor al prójimo”.

Pensó, orgullosa, que no solo había hecho una impresionante marca, también había impregnado cada uno de los actos de su personalidad. Para evitar cualquier contratiempo de último momento y a modo de firma de su profesionalismo extremo, usó la mira telescópica para ubicar algunos hogares. Eligió una bonita casa donde una familia descansaba luego de cenar. Cuando restaba menos de una hora para que se extinga su jornada de prueba al llegar la medianoche, se dedicó a enfocar con la mira de precisión de su rifle de “Intuición maternal” a la madre de la casa, que dormía abrazada a su esposo. Disparó. Inmediatamente la madre, entre sueños, comenzó a percibir que su pequeña hija se hallaba en peligro. La mujer despertó sudando y bajó de la cama decidida a buscar un poco de agua en la cocina.

La medianoche se acercaba. Mientras enfocaba a la madre llorando abrazada a la rubia niña que intentaba abrir el cajón de un armario, Artemisa, exultante, cantaba: *“quién dijo que todo está perdido,/yo vengo a ofrecer mi corazón”*

### Nota del Autor:

Acaba de morir, y está a punto de nacer, otro día más. Observo en las pantallas gigantes como Orión y Artemisa se esmeran por complacerme. Una vez más, como casi siempre, acerté en la selección. Espero que los nuevos no me fallen...

**FIN**

**Postfacio:**

*Durante varios meses estuvo rondando en mi cabeza la idea de un Dios cazador y el concepto de "presas" a merced de alguien más. Originalmente iba a abarcar la historia de Orión, pero a medida que lo iba escribiendo, en computadora (junio 2003), me parecía inevitable desarrollar su contra cara "Artemisa". Cuando tuve la "cara y ceca", surgió la idea de concluir este tríptico impactando con el "canto" de la moneda. Los nombres de los personajes provienen de leyendas mitológicas. El tema "Cazador" de Las Pelotas, calza para este cuento que dejó a más de uno pensando, incluyéndome a mí...*